

secuencias de un modelo heredado del centralismo francés pero asentado originalmente sobre los usos patrimonialistas de los Austrias, que introdujeron la cultura del halago interesado, del favor debido y recíproco y la compraventa de privilegios, honores y cargos que hoy gobierna como una segunda naturaleza el conjunto de nuestra sociedad. La combinación es letal: es difícil combatirla pues se pega a las manos como melaza y cambia constantemente de rostro. Mejor dicho: es todos los rostros. La nuestra es una sociedad donde aún, por encima de los méritos, la preparación y el trabajo, cuentan las influencias, auténticos astros de carne y hueso que establecen campos magnéticos y gravitatorios muy difíciles de sortear si se quiere salir de casa. Miguel García-Posada respondía un par de semanas después a las acusaciones de Goytisolo afirmando que el mundo de la cultura no era ni más ni menos zafio o corrupto que cualquier otro ámbito social. Estoy de acuerdo, como supongo que lo está Goytisolo, pero me entristece que el crítico de *El País* no idee mejor defensa que la traslación de responsabilidades y el amparo en la indignidad ambiente. Es el argumento de los cómplices y –literalmente– de los irresponsables. También es el síntoma de una falla moral y un error de concepto: al escritor hay que pedirle, en rigor, una postura crítica e inconformista ante la realidad y el lenguaje heredados. Pero es difícil que esta crítica se dé con libertad en un ámbito que ha confundido el valor de un creador con su prestigio público. Lo verdaderamente escandaloso de nuestra sociedad cultural es precisamente este peloteo amiguista realizado al amparo de las instituciones y con el dinero prestado con alegría por los gobernantes. Hay en España demasiados premios institucionales, demasiado honor repartido por un grupo de nombres que se repiten de jurado en jurado dibujando la cara visible de nuestra literatura. Es un exceso injustificado, confuso y a la larga trivializador. Además de que el número de grandes escritores vivos no es tan grande como esa abundancia de premios da a entender, ¿de verdad se nos quiere convencer de que la obra de Francisco Umbral está siquiera en las proximidades de la de Octavio Paz, de que José García Nieto es comparable a Jorge Luis Borges, de que Dulce María Loynaz merece la misma atención que Jorge Guillén? Una cosa es tener cierta anchura de mangas y otra muy distinta carecer de criterio. Carencia de criterio o inepticia del jurado que nos fue confirmada cuando Miguel García-Posada, miembro del mismo, confió en carta a *El País* que la candidatura de Juan Goytisolo había sido desestimada en las primeras votaciones. La grosería del gesto sólo es comparable a su gratuidad. Por cierto que al propio Goytisolo se le escapa en su denuncia un detalle significativo: ninguno de los miembros del jurado del mayor premio literario en nuestra lengua era hispanoamericano. Detalle que no hace sino rimar con la concesión del premio a un

escritor que encarna como ninguno la estrechez de miras, la indiferencia peninsular hacia la literatura del otro lado del Atlántico, el desprecio de otras tradiciones, la apoteosis de lo arbitrario localista. En este contexto, alguien como Juan Goytisolo, cuya obra madura ha sabido conectar, entre otras líneas de influencia, con lo más granado de la plural tradición hispana, siempre será visto como un alucinado, un raro de feria, el fruto disforme de un exceso de pretensiones.

En este asunto, como en tantos otros, es fácil perder la perspectiva. Es absurdo alegrarse o indignarse por la concesión de un premio literario... a menos, claro está, que se crea en ellos, que es aún más absurdo. Los premios poco o nada tienen que ver con la verdad literaria y apenas si aseguran la posteridad a los así favorecidos. Umbral merece sin duda la medalla al trabajo por las muchas horas que ha quemado ante la máquina de escribir, midiendo su vida en páginas volanderas, pero esas páginas se irán como vinieron: con el tiempo. No: los premios importan en la medida en que son un síntoma entre muchos de la falta de criterios asentados que perverte nuestro mundo literario y que Goytisolo ha hecho bien en señalar con dedo acusador. Al autor de *Don Julián* le indigna el espectáculo de unas revistas y suplementos culturales que abundan en «compadreo, aborrecimientos y exclusiones ajenos a toda ética y sentido común», donde es norma el elogio «que no cree ni el que lo da ni el que lo lee ni a veces, si conserva una pizca de lucidez, el que lo recibe». Creo que cualquier lector mínimamente atento de nuestros suplementos (y algunas revistas) puede estar de acuerdo, siempre de forma matizada, con este veredicto. Quiero entender que la crítica de Goytisolo (ojalá lo bastante lúcida como para admitir que esos elogios mendaces puedan haber venido alguna vez en su dirección) trasciende la acusación personal para señalar los errores de método y concepto en que incurren estas publicaciones. Aquí no me queda más remedio que repetir lo que publiqué una vez en estas páginas: no es que ciertos críticos más o menos reconocibles practiquen el amiguismo con un ojo puesto en el escalafón, sino que el propio medio facilita o promueve o al menos no estorba estas prácticas. Lo realmente notable es la falta de rigor y transparencia de estos suplementos: las mismas firmas se repiten semana tras semana, predominan las entrevistas a autores de la casa, convertidas en anuncios publicitarios, se encargan reseñas a amigos conocidos del autor o personas que carecen de la preparación adecuada, se ningunea o plagia el trabajo de estudiosos, introductores y traductores, se arrumba el trabajo serio y contrastado de un semidesconocido en beneficio del capricho de un escritor famoso... Muchas de estas prácticas son graves y no dicen nada bueno sobre el estado moral de nuestra literatura. Tampoco estoy seguro de que sean exclusivas de nuestro país, aunque sin duda el

proverbial clientelismo hispano es un problema añadido. Cualquier pretensión de transparencia queda en entredicho cuando los mismos nombres llenan una y otra vez las mismas páginas: el cambio es crucial a la hora de despejar un ambiente viciado.

Goytisolo propone como remedio la creación de un Defensor del Lector Literario, encargado expresamente de «señalar los usos y abusos de nuestro peculiar Parnaso». No sé si menosprecia un tanto la capacidad del lector informado para defenderse por sí solo: pienso que bastaría con que los suplementos ofrecieran una o dos de sus páginas a sus lectores insatisfechos o disconformes. Últimamente se han escrito cientos de folios sobre el valor y función de nuestra crítica pero nadie ha señalado esta carencia fundamental: la imposibilidad del lector o del propio autor de responder por escrito al juicio de sus comentaristas. La impunidad de que gozan los críticos es asombrosa y desde luego pone en entredicho todas sus defensas. La crítica es diálogo, reconocimiento del otro y de lo otro, y también, en última instancia, miseria de la razón ante el fulgor de la palabra creadora. Pero nuestra sociedad sólo recientemente ha amanecido a la luz de la conversación y el respeto a la palabra y la razón ajenas: es un aprendizaje arduo pero que ha dado ya sus frutos en la obra de algunos ensayistas y pensadores. Pienso que por ahí debe ir el rumbo de una cultura empeñada en canalizar y extender los dones de la tolerancia, la curiosidad, el respeto y el libre intercambio de ideas. Por encima de las fallas o carencias personales, es necesario crear códigos de conducta e higiene que limiten al mínimo los posibles abusos. Y, por último, un ruego personal: algo más de generosidad con aquellos individuos (traductores, difusores, introductores) que a pesar de su modestia ayudan a sostener la trama editorial sin la cual no existirían productos más urgentes o efímeros. En ausencia de estas correcciones, más que a menos vamos a ciegas: faltos de una idea clara de los límites, virtudes y carencias de nuestra literatura es muy difícil que la creación y el pensamiento puedan salir del infantilismo que tantas veces ha arruinado a nuestras mejores mentes.

Decía antes que tal vez Goytisolo no confía lo bastante en la libertad y la inteligencia de ese lector atento para defenderse sin muletas: ser libre es también cobrar conciencia de la propia autoridad. Espero no pecar de malicia si confieso que esa figura del Defensor del Lector Literario me inquieta por demasiado parecida al propio Juan Goytisolo: después de todo, Goytisolo no ha dudado en mostrarse como modelo alternativo en cuantas diatribas ha dedicado a España. Añado que mi admiración por la figura y la obra del autor de *Don Julián* no me impide advertir en su discurso ciertos rasgos que merman su atractivo y que no en balde evocan peligrosamente algunas de las actitudes que él mismo denuncia. Su artículo no es tanto un

juicio crítico como una filípica, fundada en la generalización y el maximalismo: tiene razón pero no toda la razón, y sobre todo: olvida otras razones igualmente razonables que matizan y relativizan su panorama. Su tono apocalíptico niega que algunas cosas han cambiado en este país, y para bien, a expensas de que otras tantas necesiten con urgencia una crítica y una corrección: entre ellas la educación, verdadera piedra fundacional de nuestra cultura y cuya endeblez causa verdadera alarma; pero el tema exige por sí solo otra crónica. «Vamos a menos» es un artículo necesario pero no bien calibrado, que adolece además de una carencia añadida: Goytisolo se ha lanzado a la arena de la actualidad literaria pero los nombres que invoca en su defensa son los de su generación, escritores que ya han dado lo mejor de sí o gozan a su vez del consenso crítico: Julián Ríos, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez. ¿Es que no existen escritores más jóvenes de valía, poetas, novelistas y ensayistas con obras que exhiban la alianza siempre infrecuente de vocación, inteligencia y honestidad intelectual? Yo creo que sí los hay, y que Goytisolo haría bien en nombrarlos si los conoce. Y si no los conoce, hace mal en extender un juicio sumario sobre todos los aspectos de nuestra literatura. La verdad es siempre más plural y más compleja de lo que nuestros rencores, reales e imaginados, nos dejan vislumbrar. Al releer «Vamos a menos», pasado el deslumbramiento de la primera lectura, recordé las palabras con que Octavio Paz definía esos rasgos del México premoderno que aún hoy perviven como herencia de la cultura española: «el amor a las generalizaciones y el desprecio a los hechos particulares, nuestra antipatía por toda explicación pluralista y nuestro nihilismo más bien cínico». Se trata de pervivencias que también pervierten nuestro discurso crítico y que Goytisolo, sin duda a su pesar, deja asomar por entre las grietas de sus ensayos, cuando no al hilo de reminiscencias autobiográficas que persiguen nuestra edificación. Sé bien que Goytisolo está muy por encima, por ejemplo y por obra, de muchos de los críticos y escritores que le niegan el pan y la sal, pero sé también que un discurso que remite a uno mismo como fuente constante de autenticidad y pureza intelectual (por mucho que en este caso se invoquen los efectos benéficos del hibridaje y la impureza) corre el riesgo de encastillarse en una retórica incapaz de reconocer la genuina y diversa dimensión del prójimo.